

Ricardo Villalba	103
Susana Violante	107
TRABAJOS DE ALUMNOS	111
Nahima Caram: "Éxtasis y Excessus Mentis en el Itinerarium de San Buenaventura"	113
Alba Cristaldo: "Al-Rāzī: de la persecución al olvido"	121
Alexis Marcus: "Consideraciones sobre la traslatio studii entre los siglos VI y IX"	129
Nicolas Martínez Sáez y Elías Bravo: "El amor cortés como bisagra entre dos Edades Medias"	137
Antonella Oviedo: "Libertad, voluntad, cuerpo y trascendencia en la mística de Margarita Porete"	143
Emiliano Primiterra: "Tomás de Aquino: aproximaciones y diferencias respecto de Aristóteles"	149
PRESENTACIÓN DE LIBROS	161
Platón, Alcibiades - por Giannina Burlando	163
Orígenes, Los Principios - por João Lupi	167
Cadernos Patristicos - por João Lupi	169
Tomás de Aquino, Comentario a las Sentencias - por Ana Mallea	171
Abelardo y Eloisa, Cartas - por N. Jakubecki y M. Borelli	173
VersioneS - por Ana Mallea	175
ACTO DE CIERRE	177
Luis A. De Boni	179
Silvia Contaldo	181
Rafael Cúnsulo OP	183
Celina. Lértora Mendoza	185



XIV Congreso Latinoamericano de Filosofía Medieval



Filosofía Medieval: continuidad y rupturas Actas II



Filosofía medieval : continuidad y rupturas II : XIV Congreso Latinoamericano de Filosofía Medieval - Actas II / Susana Violante ... [et.al.] ; edición literaria a cargo de Celina A. Lértora Mendoza ; Natalia Jakubecki ; Gustavo Fernández Walker. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : FEPAI, 2013.
E-Book.

ISBN 978-950-9262-74-4

1. Filosofía. I. Violante, Susana II. Celina A. Lértora Mendoza, ed. lit. III. Jakubecki, Natalia, ed. lit. IV. Fernández Walker, Gustavo, ed. lit.
CDD 190

Fecha de catalogación: 19/12/2013

Impresión, armado y diseño: La Otra Vereda - Paraná 1012 - Tel: 5272 6676 - sotelo.nancy@yahoo.com.ar

INDICE

ACTO DE APERTURA	7
Rafael Cúnsulo OP	9
Ruth Ramasco	11
Celina A. Lértora Mendoza	13
COMUNICACIONES	15
María Soledad Ale: "La sabiduría del justo"	17
Roberto Merizalde: "Las principales fuentes de la visión estética de Tomás de Aquino"	29
Rosaz Filosofía y exégesis: "dioses por participación" según Santo Tomás	41
SESSIO LATINA AGITATA	55
Exordium et valedictio a Gualterio Redmond hanitum	57
Oscar Velázquez: "Momentum aeternitatis: Ostiae Tiberinae contemplatio"	61
Natalia Jakubecki: "Contritio, confessio et poenitentia in conceptione plenitudinis potestatis Petri Abaelardi"	65
Gustavo Fernández Walker: "Quaestio subtilissima de erotica"	71
Celina A. Lértora Mendoza: "Robertus Grosseteste Commentator: Aristotelis theoria scientiae (Post. Anal. I)"	73
Walter Redmond: "Necessitas contingentiae apud scholasticos logicosque recentes"	81
PANEL DE DISCUSIÓN	89
Natalia Jakubecki	91
Celina A. Lértora Mendoza	95
Ana Mallea	99



La sabiduría del justo. Una lectura del *Libro de Job* según Maimónides

María Soledad Ale
UNT-CONICET, Tucumán

Introducción

El problema del mal, motivo de hondas meditaciones no exentas de perplejidad para el entendimiento humano, registra en el conjunto de sus múltiples e inquietantes cuestiones una arista especialmente espinosa: el sufrimiento del inocente o del justo. Maimónides le dedica una consideración exclusiva en el marco del análisis del *Libro de Job*, en la tercera parte de su célebre *Guía de perplejos*¹. Maimónides arriba a la consideración del problema del sufrimiento del justo en su intento por resolver el problema de la providencia divina, es decir, de determinar si los asuntos humanos están o no regidos por el gobierno de Dios y cómo han de entenderse éste. Nuestra intención es poner de manifiesto que en el protagonista de la parábola, presentado por el filósofo judío como un hombre justo pero no sabio, se produce un cambio contundente que queda reflejado en el camino que recorre en el transcurso del diálogo mantenido con sus amigos y en el cual a la postre interviene Dios: aunque atraviesa una crisis de fe y cuestiona a Dios, la aflicción de Job y la revelación divina le permiten comprender por sí mismo y adquirir cierta sabiduría sobre la naturaleza de Dios.

Así como inicialmente le parece a Job, de acuerdo con Maimónides el vulgo y algunos pretendidos filósofos² creen que la suerte de los hombres buenos y de los malvados es dispar: los unos llevan una vida llena de sufrimiento, mientras que los otros gozan de una feliz y placentera existencia. A raíz de ello éstos suponen que es evidente una falta de orden en los avatares humanos³ e inducen, equivocadamente

¹ Maimónides, *Guía de perplejos*, Madrid, Editora Nacional, edición de David Gonzalo Maeso, 1983. En adelante, *GP*.

² Cf. *GP*, III, 12, p. 400.

³ “Me refiero al error de los ignorantes que afirman la carencia de percepción en Dios por el hecho de que las condiciones de los humanos, de suyo contingentes, carecen de buen orden [...], es decir, imaginaban que Dios desconoce tales condiciones [...]”. *GP*, III, 19, p. 431.

según Maimónides, que Dios no es providente porque en último término no es omnisciente, es decir, no tiene conocimiento de los asuntos humanos⁴. Una vez indicado el vínculo entre omnisciencia y providencia divina, Maimónides analiza distintas teorías filosóficas y teológicas sobre la providencia divina para luego refutar las opiniones sobre la supuesta falta de conocimiento de Dios sobre lo particular⁵. Consideremos a continuación su examen respecto de las diferentes doctrinas acerca de la providencia para determinar posteriormente por qué las identifica con las diferentes opiniones de los personajes del *Libro de Job*.

Cinco opiniones sobre la providencia divina

Maimónides resume en los capítulos 17-18 de la tercera parte de *GP* cinco teorías tradicionales sobre la providencia, y luego brinda su propia opinión.

1. Epicuro afirma que en el universo reina el azar y, por tanto, no hay providencia.

2. Aristóteles niega el epicureísmo al afirmar que el orden en el mundo demuestra que hay una providencia, que es general en tanto que se aplica en la esfera lunar con el fin de que las especies perduren invariablemente y se conserven en tal estado, pero que no alcanza a los individuos existentes en el mundo sublunar, sino que sobre ellos rige el azar. Dado que no hay una providencia individual, no hay -por ejemplo- diferencia alguna entre la muerte de nobles tripulantes de una embarcación que se hunde en el mar a causa de un viento huracanado y el desprendimiento de las hojas de un árbol como efecto de la misma causa⁶.

3. La secta musulmana de los Asaríes opina lo contrario que Aristóteles: no hay una providencia general sino una individual que rige para todos los seres, tanto animados como inanimados. Dicha providencia consiste en el ejercicio de la voluntad de Dios, algo que es de suyo incomprensible para el hombre. Según esta teoría, la voluntad divina pre-determina desde la caída de la hoja de un árbol hasta la muerte de un ser humano. Maimónides objeta esta opinión principalmente por dos

⁴ A diferencia del vulgo y los iletrados, Job sí cree, como veremos, que Dios es omnisciente, pero pone en duda su acción providencial.

⁵ Cf. *GP*, III, 16, p. 418.

⁶ Aunque Maimónides refute la opinión aristotélica, asume, como veremos, un aspecto de ella por considerarlo legítimo.

motivos: por un lado, si todo acontecimiento obedece a una voluntad predeterminada, entonces la libertad del hombre es vana y las leyes religiosas se tornan inútiles. Por otro lado, si por decreto de su voluntad Dios puede hacer sufrir al justo y prosperar al malvado entonces se cae en el absurdo de admitir que Sus obras carecen de designio y Su justicia queda así ridiculizada.

4. Los Mutazilíes afirman que hay una providencia individual consistente en el ejercicio de la sabiduría divina. Si bien admiten que el hombre posee libre albedrío, creen que Dios no sólo es providente con del ser humano, sino con todos los seres animados. Maimónides encuentra en ello fundamentalmente dos incongruencias: por un lado, le parece inconcebible extender la providencia divina a seres privados de libertad. Por otro, le parece insensato el supuesto beneficio futuro que según esta teoría aparejan los males a los hombres inocentes. Según los Mutazilíes si un hombre virtuoso sufre sin haber cometido ningún pecado no hay que pensar que le ha sobrevenido como efecto de un castigo divino, sino que Dios en su sabiduría lo pone a prueba a fin de darle la ocasión de alcanzar una recompensa mayor en otra vida. Asimismo, afirman, hasta cuando la pulga y el piojo son matados recibirán por ello una compensación divina en la otra vida.

5. La Ley judía afirma que hay una providencia divina solamente respecto de los individuos humanos y en función de sus merecimientos. Esta concepción fundamenta las relaciones entre Dios y el hombre en la libertad del hombre y en la justicia divina; por ello afirma la teoría de la retribución: si las acciones de un hombre son buenas, será recompensado por Dios con bienes y al contrario, si son malas, será castigado con sufrimientos.

Finalmente Maimónides formula su opinión en la que intenta conciliar la religión mosaica con la filosofía aristotélica: como precisa la Ley, la providencia divina vela únicamente por los individuos humanos en función de sus merecimientos. Respecto de los demás seres (plantas, animales, etc.), hay una providencia general que atiende la conservación de las especies, como afirma Aristóteles, pero todo lo ocurra a tales individuos no-humanos y que no tenga estricta relación con la preservación de su especie está librado al azar. Sin embargo, sostiene, la regla exacta que determina la manera en que Dios imparte la recompensa o el castigo y, en general, el modo en que atiende, regula e interviene en los asuntos humanos sobrepasa nuestra capacidad de comprensión. Retomando el ejemplo de Aristóteles, Maimónides explica que el hecho de que un barco se hunda en el mar a raíz de un viento huracanado es obra del azar; sin embargo, que el hecho de que sus tripulantes se encontraran precisamente

allí no es igualmente azaroso sino obra de la voluntad divina, acorde a los merecimientos de los hombres y a los juicios de Dios, aunque nos sean incomprensibles⁷.

La singularidad de la teoría de Maimónides reside en afirmar que la providencia divina vela por los individuos de la especie humana pero no en todos los casos por igual, sino que se gradúa según la perfección o deficiencia intelectual de cada individuo⁸. Es que, según el filósofo judío, la Providencia divina está ligada al Intelecto divino, por cuanto quien participe de éste (es decir, quien conozca intelectualmente a Dios) participará por ende de aquella (es decir, se beneficiará de su protección)⁹. La providencia divina es, para Maimónides, una emanación o efusión de conocimiento que procede de Dios, a través de los intelectos separados, hacia el intelecto humano. Basándose en la ética aristotélica de los fines, Maimónides afirma que el fin último del hombre, aquel que representa su máximo bien y felicidad, es precisamente el conocimiento o percepción intelectual de Dios. En este marco las virtudes morales sólo sirven como un medio para alcanzar las virtudes intelectuales. De ahí que cuanto más virtudes intelectuales posea un hombre y cuanto más reciba la efusión divina, más salvaguardado está de los males gracias a la providencia divina. De ahí también que, según Maimónides, los profetas sean especialmente protegidos en conformidad con el grado de la profecía que alcancen y los hombres piadosos y rectos sean atendidos conforme a su piedad y rectitud. En cambio, los ignorantes y pecadores se encuentran privados de tal efusión

⁷Cf. *GP*, III, 17, p. 425. Maimónides explica que en Dios “Su ciencia no es algo agregado a Su esencia [por ende] se impone una diferencia substancial entre su cognición y la nuestra”. El conocimiento que Dios y los hombres tienen de la realidad no es en nada semejante salvo en el vocablo ‘conocimiento’, que por ende es equívoco. Lo mismo ocurre con los términos ‘intención’ –que se refiere a lo que los hombres y Dios se proponen- y ‘providencia’- que mienta algo que a los hombres preocupa y a lo que Dios atiende y vigila. De ahí que “el sentido de ciencia, intención y providencia, atribuidas a nosotros, no es el mismo que aplicadas a Él”. Cf. *GP*, III, 20, pp. 433-435.

⁸ Cf. *GP*, III, 18, p. 428. Así, según Maimónides, dada su deficiencia intelectual “no está al alcance natural del vulgo la capacidad precisa para comprender un determinado asunto en su auténtica realidad”. *GP*, III, 27, p. 457.

⁹Al respecto, Maimónides afirma: “La Providencia solamente puede emanar de quien es una Inteligencia perfecta hasta el grado sumo [...] y en consecuencia, sólo aquel que participe en algo de dicha efusión divina se beneficiará de la Providencia en la medida en que sea participante de la Inteligencia”. *GP*, III, 17, p. 427.

rebajándose a la altura de las demás especies animales¹⁰. En la sección conclusiva de su obra (capítulo 51) Maimónides ofrece una explicación del modo en que se derrama la providencia divina según el acercamiento o alejamiento del intelecto de los hombres respecto de Dios. Cabría distinguir en base a dicha descripción tres clases de hombres: el que ocupa su pensamiento solamente en Dios se encuentra siempre divinamente protegido de todos los males que pueden afectarlo. Por su lado, el hombre que piensa en Dios pero por momentos lo desatiende solamente cuenta con la protección divina mientras su pensamiento se concentra en Dios pero ésta se atenúa cuando se afana por asuntos de otra índole. Puesto que igualmente está dotado de razón, Maimónides compara a este hombre con un hábil escritor en los momentos en que no se dedica a escribir. Por último, el que aunque dotado de razón nunca piensa ni se esfuerza por conocer intelectualmente a Dios, no cuenta con más protección providencial que una bestia, es decir, sólo está cubierto por la providencia general que vela por la conservación de la especie, pero todo lo demás que le acontezca está librado al azar. En este último caso, que no cuente con la providencia individual no significa que Dios lo esté castigando, sino que por sus propios actos el hombre se ha colocado fuera del alcance -se ha alejado- de la efusión divina, exponiéndose así al azar y volviéndose presa fácil de grandes calamidades.

Maimónides considera que su propia opinión resulta más equilibrada que las demás, puesto que las otras exageran o disminuyen la acción de la divina providencia. En el primer caso, como pregonan los Asaríes y los Mutazilíes que extienden la efusión de la providencia hasta todos los seres inanimados y animados respectivamente, se llega a una gran confusión y absurdo. En el segundo caso, como sostiene Aristóteles, la providencia no alcanza a los individuos humanos, quedando éstos igualado con los demás animales y en consecuencia, adquieren ideas erróneas sobre la naturaleza de Dios y turban el orden social borrando las virtudes morales e intelectuales¹¹.

Es en este contexto donde el pensador medieval interpreta el *Libro de Job* por considerar -como señalamos- que sus personajes encarnan las distintas opiniones sobre la divina providencia. Veámoslo más de cerca.

¹⁰ Cf. *GP*, III, 18, p. 428.

¹¹ Cf. *GP*, III, 17, p. 427.

Interpretación del *Libro de Job*

El valor filosófico que encuentra Maimónides en el *Libro de Job* -único libro profético al que nuestro filósofo aborda en su totalidad dentro de la *GP*- consiste precisamente en reunir todas las mencionadas teorías acerca de la divina providencia y en demostrar en qué sentido ha de ser concebida. En él, Dios prueba a Job por sugerencia del demonio quien se muestra convencido de que ante el sufrimiento el justo acabará perdiendo su justicia y pecando contra Dios. Cuatro amigos de Job (Elifaz, Bildad, Sofar y Elihu) dialogan con él para intentar explicarle la causa de sus sufrimientos. Todos los personajes coinciden en que Dios es omnisciente y justo, pero difieren en el modo en que debe entenderse la providencia divina. En este marco, Maimónides describe inicialmente al protagonista de la parábola como un hombre que sólo posee justicia y rectitud en sus acciones con los demás, pero no virtudes intelectuales:

“Lo sorprendente de este relato es que no se atribuye a Job ciencia ni se le califica como hombre **sabio, entendido o inteligente**. En efecto, si hubiera sido un sabio, su situación no habría ofrecido duda alguna para él [...]”¹².

La situación que asola a Job es, como se sabe, de pérdida devastadora: pérdida de riquezas, pérdida de la vida de sus hijos, y pérdida de su propia salud física, todo ello sin haber delinquido. Perplejo ante tal adversidad aunque sin blasfemar ni volverse incrédulo, Job reclama justicia a Dios afirmando su inocencia y lamentándose por sufrir sin comprender su infortunio. Si bien desde el principio de la parábola Job sabe que Dios existe (es decir, posee un conocimiento que, según Maimónides, constituye el prerequisite para toda Sabiduría¹³), y por ello se cuida de no pecar y de obrar con suma rectitud, sin embargo pone en duda su providencia -según Maimónides- por carecer de la perfección intelectual debida. Dado que Job no se encuentra en posesión de los conocimientos científicos necesarios para la

¹²GP, III, 22, p. 438. No obstante, en *Job* (29, 7-16), se afirma que Job era considerado como un sabio que sabe cómo argumentar en las cortes de los ancianos de su ciudad y que sus palabras eran acogidas con gran respeto.

¹³ Cf. Maimónides, *Sobre los principios del Judaísmo*, en *Obras filosóficas y morales*, traducción, notas y apéndices del Rabino Aryeh Nathan, Ediciones Obelisco, Barcelona, 2006, pp. 15 y 26. En adelante: *OFM*. Desde el principio Job acepta la existencia de Dios y el hecho de que a Él nada le es oculto: sostenemos que ese primer conocimiento sobre la naturaleza divina explica su conducta moralmente perfecta.

contemplación de Dios¹⁴ ni, por otro lado, es una persona dotada de una gran perspicacia natural, es factible emparentarlo con las masas filosóficamente incultas que, guiándose no por la propia indagación racional sino por las enseñanzas de la tradición, comprenden las cosas divinas usando la imaginación por medio de argumentos persuasivos¹⁵.

En una primera instancia, dada su experiencia de grandes pérdidas y sufrimientos, Maimónides identifica el parecer atribuido a Job con la teoría aristotélica que -como vimos, según el filósofo cordobés- yerra en disminuir el alcance de la providencia divina. Job y Aristóteles concuerdan en que creer que la suerte de los seres humanos se rige por el azar. La razón que encuentra Maimónides para identificar ambas posturas es que Job, en el culmen de su tribulación y rebeldía, no se siente cuidado sino abandonado por Dios. A propósito Maimónides interpreta que para Job: “El justo y el impío son iguales ante Él [...], a causa de Su menosprecio y abandono de la especie humana”¹⁶. Por no comprender adecuadamente la divina providencia, Job imagina asimismo -según Maimónides- que la felicidad del hombre depende de bienes mutables y perecederos: “Job había considerado estas prosperidades imaginarias, la salud, riqueza, hijos, como fin, mientras no conocía a Dios sino por tradición, y no por reflexión”¹⁷.

Por su parte, Maimónides interpreta la opinión de los demás amigos de la siguiente manera:¹⁸ el discurso de Elifaz se identifica con la opinión de la Ley judía. De acuerdo con éste personaje todas las calamidades que acontecen a Job son acorde a sus méritos; no obstante, puesto que se encuentra sumergido en su dolor, es comprensible que no entienda las razones que dispone Dios para sancionarlo. Paralelamente, la concepción Bildad hace eco de la opinión de los Mutazilíes, en

¹⁴ Recordemos que las ciencias necesarias para la contemplación divina son, según Maimónides, la matemática, la lógica, la física y la metafísica. Confrontar *GP*, III, 51, donde el filósofo judío ilustra los grados de conocimiento de los hombres mediante la parábola del rey en su palacio.

¹⁵ Maimónides se refiere aquí a los razonamientos sofísticos, basados en principios falsos. Cf. nota 84 de Gonzalo Maezo en *GP*, I, 31, p. 107.

¹⁶ *GP*, III, 23, p. 441.

¹⁷ *GP*, III, 23, p. 442. Encontramos aquí una contraprueba en el texto bíblico. En su discurso final de defensa, Job proclama: “Lo juro: no puse en el oro mi confianza ni llamé al metal precioso mi seguridad; no me complacía con mis grandes riquezas, con la fortuna amasada por mis manos [...] pues habría negado al Dios del cielo”. *Job* (31, 25-28).

¹⁸ Cf. *GP*, III, 23, p. 443.

cuanto intenta persuadir a Job de que sus sufrimientos inmerecidos serán fuente de grandes recompensas en la vida futura. En el plano general, el mal será compensado por el bien, aunque se nos escapen los pormenores del camino. La opinión de Sofar se equipara con la de los Asaríes, dado que admite que todo lo que sucede a Job es obra de la voluntad divina y que es vano inquirir sobre los designios divinos porque nos son inescrutables. Finalmente Maimónides equipara su parecer con la opinión de Elihu. Lo novedoso de este último personaje radica en la idea alegórica de la intercesión de un ángel. Esto quiere decir que si la vida de un hombre corre riesgo, por ejemplo si está enfermo a punto de morir, la intercesión divina puede actuar como una fuerza natural ayudándolo a recuperarse. No obstante, aclara, tal auxilio divino sólo intercede un número muy recudido de veces porque, el resto del tiempo el individuo humano cuenta con la protección que le viene de conocer intelectualmente a Dios y de amarlo. De ahí que la máxima perfección a la que debe aspirar el hombre sea la intelectual, ya que dependiendo exclusivamente de sí mismo, le es posible elevarse a las verdades divinas y encontrar allí un resguardo seguro¹⁹.

A pesar de ser la opinión inicial de Job una postura reprochable para Maimónides, hacia el final de la parábola, cuando Dios se manifiesta a Job y sus amigos y dice a Elifaz: “Estoy irritado contra ti y tus dos compañeros [esto es, con Bildad y Sofar] porque no han hablado rectamente de Mí como mi siervo Job” (*Job* 42, 7), creemos que aunque nuestro filósofo no lo diga explícitamente, sin embargo deja entrever que en Job se produce un salto cognoscitivo que le permite superar el ámbito del error y la ignorancia²⁰ y obtener un tipo de comprensión sobre la naturaleza de Dios más elevado que el anterior. Dios no responde directamente a la acusación de Job sobre su supuesta falta de providencia con el hombre, sino que le responde desde la magnificencia de su creación. En Su discurso lo invita a apreciar el orden del cosmos, y entre otras cosas llama su atención sobre el Leviatán, especie de criatura monstruosa que atemoriza al hombre, pero que es dócil y sumisa frente a su Creador. Luego de escuchar a Dios y de contemplar el orden cósmico superior en el que se encuentra inserto, Job repara en su ignorancia y en los límites de su capacidad cognoscitiva. Reconoce que para él, un espíritu creado, no hay vía de acceso gnoseológico directo a la intimidad de Dios, la cual sólo puede tenerse como un

¹⁹ Cf. Gustavo Daniel Perednik, *Grandes pensadores judíos en la civilización occidental*, Universidad ORT, Montevideo, 2005, p. 85.

²⁰ Maimónides afirma al respecto: “[...] la teofanía que sobreviene a Job le aclaró [que] se había equivocado en todo cuanto había imaginado”. *GP*, III, 23, p. 445.

misterio²¹, y que por ende no cabe comparar el conocimiento y la providencia de Dios con el conocimiento y el cuidado que los hombres ponen en sus asuntos. Tras reconocer sus propias limitaciones, Job recibe de Dios una efusión de conocimiento que le permite darse cuenta que la verdadera felicidad -aquella que no puede ser quebrantada por ningún mal- consiste precisamente en conocerlo:

“Cuando **obtuvo de Dios una cognición verdadera**, se percató de que en Él estriba la auténtica felicidad, garantizada a todos cuantos Le conocen, y ninguna de esas calamidades puede menoscabarla en el hombre”²².

Dicho saber adquirido por inspiración divina conduce a Job a arrepentirse de sus reclamos y a advertirla falsedad de su incipiente opinión sobre la falta de providencia de Dios para con el hombre. Maimónides sostiene:

“Job habíase retractado de tan errónea opinión, poniendo de manifiesto su falsedad. Tratábase simplemente de una concepción de las que surgen de pronto, sobre todo en un individuo dominado por la desgracia y convencido de su inocencia [...] Pero él solamente daba rienda suelta a esas expansiones cuando se encontraba en estado de ignorancia y solamente conocía a Dios por la tradición [...]”²³.

Mientras no hacía ningún esfuerzo intelectual por conocer a Dios y todo lo que sabía de Él provenía de opiniones comúnmente aceptadas por su tradición²⁴, Job sufre al pensar que, ante la pérdida de diversos bienes, ha sido abandonado. Creemos que lo que Maimónides intenta decir es que quien sufre de este modo se engaña a sí mismo respecto de la inmutabilidad de los bienes: las riquezas, el honor, la descendencia, la salud y hasta la propia vida, son todos bienes sujetos a la mutación y por su misma naturaleza pueden perderse. Aquello de lo que la divina providencia

²¹ Cf. Andrés Grau, *Los niveles del conocimiento en Maimónides*, en: *Maimónides y el pensamiento medieval. VIII centenario de la muerte de Maimónides. Actas del IV Congreso Nacional de Filosofía Medieval*, edición de José Luis Cantón Alonso, Servicio de publicaciones Universidad de Córdoba, 2007, p. 249.

²² *GP*, III, 23, p. 442. Resaltado propio.

²³ *Ibíd.*

²⁴ En ese sentido afirma: “Dado que las verdades de orden intelectual son admitidas tradicionalmente sin demostración por métodos especulativos en los Libros de los Profetas y en los dichos de los Doctores, se hace de la ciencia de la Ley un coto aparte, como igualmente de la ciencia pura”. *GP*, III, 54, p. 560.

protege en definitiva es de confundir conceptualmente el Bien supremo e inmutable con los bienes contingentes y mutables. Ahora bien, Maimónides aclara que quien conoce la naturaleza mutable de las cosas no por ello se vuelve literalmente inmune frente al dolor, sino que en virtud de su conocimiento puede sobrellevar con más holgura su pérdida que aquel que desconoce que la naturaleza de éstos está sujeta a la corrupción²⁵. De ahí que Maimónides encuentre el siguiente significado a sus palabras:

“ ‘Sólo de oídas Te conocía; mas ahora Te han visto mis ojos. ¡Por eso me retracto y hago penitencia sobre polvo y ceniza!’ (*Job*, 42, 5-6), cuyo sentido completo parece ser [...] ‘Por eso yo desprecio lo que antes deseaba, y me arrepiento de haber estado sumido en el polvo y la ceniza’”²⁶.

A causa de esta ‘confesión profética’²⁷ -sostenemos- Maimónides permite entrever que en virtud de su aflicción Job accede a cierta sabiduría en cuanto ha sido capaz de reconocer los límites de su conocimiento y de percibir la presencia de un Misterio que sobrepasa toda comprensión humana. En su respuesta final a Dios, Job representa el primer tipo de hombre descrito por Maimónides cuando se refiere al alcance de la providencia divina según el grado de perfección del intelecto humano: es aquel que, a través de un proceso intelectual, se percata que Dios es el Sumo Bien inmutable y por ende, soporta con mayor facilidad la pérdida de aquello que por su propia naturaleza es corruptible. Al contrario de lo que imagina el vulgo, el malvado no es verdaderamente feliz puesto que no posee entre sus haberes al Sumo Bien inmutable y aquello de lo que jacta gozar son bienes que dependen del azar y que puede perder en cualquier momento.

Al final del relato el Job arrepentido y receptor del influjo de la Inteligencia divina es el único hombre respecto de quien Dios aprueba sus palabras, aunque también apoya la postura de Eliú mientras que critica las de Elifaz, Bildad y Sofar. Por ello creemos que Job no sólo conserva su condición de justo sino que además ha alcanzado cierta sabiduría, reflejada en su posesión de una idea verdadera sobre la providencia divina que difiere de la perspectiva tradicional, con la cual Maimónides coincidiría.

²⁵ “Quien se penetre bien de esto soportará fácilmente cualquier calamidad”. *GP*, III, 23, p. 446.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ Cf. *GP*, III, 23, p. 446.

Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos analizado el tratamiento que ofrece Maimónides sobre el problema del sufrimiento del justo en relación con el de la providencia divina con el propósito de mostrar que el protagonista del *Libro de Job* pasa de abogar inicialmente una postura ‘descarriada de la Ley’ a poseer finalmente cierta sabiduría sobre la naturaleza de Dios. Maimónides interpreta que Job cumple con las exigencias del ideal moral de una persona justa pero carece de perfección intelectual porque, ante la desgracia, duda de la providencia divina y llega a creer que Dios lo ha abandonado. Por ello identifica el parecer de Job con el de Aristóteles, para quien los individuos existentes en el ámbito sublunar están sujetos al azar. De acuerdo con Maimónides mientras esta concepción disminuye el alcance de la providencia divina, las opiniones sostenidas por las sectas musulmanas de los Asaríes y los Mutazilíes la exageran al extenderla incluso a todos los seres animados e inanimados. En su intento de conciliar la Ley judía con la filosofía aristotélica, afirmando que hay una providencia individual que funciona según los merecimientos de los hombres y que para el resto de los seres existentes en este mundo sólo hay una providencia general que vela por la preservación de su especie, Maimónides cree aportar la opinión más equilibrada sobre el asunto. Su postura es sin dudas intelectualista en la medida que considera que tanto el problema del sufrimiento del justo como el de la divina providencia se encuentran íntimamente ligados al grado de perfección del intelecto del individuo humano. Desde su perspectiva, quien se consagra al estudio de las ciencias y de la metafísica -es decir, quien se perfecciona intelectualmente- y llega a atisbar el misterio de Dios cuenta con Su especial protección, en virtud de la cual es capaz de sobrellevar la pérdida de bienes mutables mejor que el ignorante. En cambio, quien tenga de Dios una remota idea aportada por la tradición religiosa a la que pertenece pero que no lo conozca por medio de la propia reflexión especulativa, se desconsuela ante la pérdida de sus bienes pasajeros porque se engaña a sí mismo respecto de su naturaleza mutable y, en ese sentido, sólo puede culparse a sí mismo por su sufrimiento. Éste es según Maimónides el caso de Job, quien al principio poseía un conocimiento sobre Dios basado en la tradición y en su piedad, pero no en su propia reflexión. El mal sufrido por Job es un mal que él se ocasiona a sí mismo a causa de su estado de ignorancia respecto de la naturaleza providente de Dios. Sin embargo -sostenemos-, luego de experimentar aflicción y de recibir una teofanía, Job se vuelve sabio porque comprende por sí mismo que la providencia y el conocimiento humano y divino se encuentran demasiado distanciados el uno del otro como para interpretarlos por analogía. El mismo hecho de que al final de la parábola Dios alabe las palabras de

Job y desapruebe la de sus amigos (salvo la de Elihú) permite pensar que aquel ha alcanzado una sabiduría que lo distingue de los demás.

Para finalizar, haremos algunas observaciones críticas. Aunque la gran mayoría de los hombres sean incapaces de elevarse intelectualmente hasta las causas últimas que explican lo que les acontece, la dificultad de la interpretación de Maimónides sobre la providencia divina es que restringe no sólo la sabiduría sino la auténtica felicidad e incluso la redención para una minoría selecta de hombres destacada por sus dotes intelectuales. Maimónides mismo reconoce que únicamente puede dedicarse a estudiar las ciencias necesarias para la contemplación de Dios quien primeramente satisfaga sus necesidades corporales y cuente con buenas condiciones de salud; por esta razón quedan excluidos de conocerlo y ser verdaderamente felices, por ejemplo, quienes bajo el yugo de la pobreza extrema no pueden alimentarse diariamente o quienes posean una enfermedad mental de nacimiento. La solución intelectualista de Maimónides tampoco resuelve el problema de la providencia divina y el del sufrimiento del inocente respecto de bebés abortados o de niños que no han alcanzado a desarrollar su facultad intelectual y que son víctimas de enfrentamientos bélicos, por ejemplo. Por otro lado, observamos que la relación entre virtudes morales e intelectuales no es unidireccional, esto es, no es que las virtudes morales sólo sean un medio necesario para alcanzar las virtudes intelectuales, sino que la relación se da también a la inversa, puesto que para el sabio es una exigencia inexcusable comportarse con suma rectitud y santidad. En este sentido, si bien al principio de la parábola Job no reflexionaba todavía como un hombre sabio sin embargo se comportaba como tal. Al final del relato, en cambio, comprende como un sabio y se comporta como un santo porque, a pesar de la prueba, no peca contra Dios.